la *vida* en el premio: un camino que no se desvía, una verdad que no engaña, una vida que no termina.

* * *

Nadie va al Padre sino por mí –dice Jesús (Jn. 14,6)–. *Yo soy la puerta. Si uno entra por medio de mí, se salvará; entrará y saldrá y hallará pastos* (Jn. 10,9).

Había en Jerusalén una puerta llamada «Ojo de la aguja», por la cual el camello no podía entrar, porque era humilde, o sea, baja. Esta puerta es cristo que se humilló. Por ella no pueden entrar ni el soberbio ni el avaro con su carga en la joroba. El que quiere pasar por ella, debe humillarse y deponer la joroba, para no tropezar con la puerta. El que entra por esa puerta, se salvará, con tal que sea perseverante. El que entra en la Iglesia y vive en la fe, saldrá de esta vida para vivir en la eternidad, en la que hallará los pastos de la eterna felicidad. ¡Amén!

(Fiesta de los apóstoles Felipe y Santiago: III,194-197)

14. Jesús, modelo de obediencia

Jesús partió con sus padres, regresó a Nazaret y les estuvo sujeto (Lc. 2,51).

Al oír estas palabras, toda soberbia debería disolverse, toda rebeldía desaparecer y toda desobediencia doblegar la cabeza.

¿Quién es el que les estaba sujeto? Es Aquel que con su sola palabra lo creó todo de la nada; Aquel que *midió los mares con el cuenco de su mano, y abarcó con su palma la dimensión de los cielos, y sostuvo con tres dedos la mole de la tierra, y pesó con la balanza las montañas y las colinas* (Is. 40,12). Es Aquel que *sacude la tierra de su sitio, y se tambalean sus columnas; Aquel que manda al sol y éste no se levanta, y pone un sello a las estrellas. El solo despliega los cielos y camina sobre las olas del mar. Crea la Osa y el Orión, las*

Pléyades y las constelaciones australes. Ejecuta obras tan grandiosas que no se pueden sondear y maravillas que no se pueden contar (Jb. 9,6-10). Es Aquel que *hace cesar la música del cielo* (Jb. 38,17). Es Aquel que *con el anzuelo puede prender y extraer al leviatán,* o cocodrilo, *y atar su lengua con una cuerda, perforar sus narices con punzones y taladrar su quijada con un gancho* (Jb. 40,19.21).

Este hombre con tanto poder y con tantas cualidades les estaba sujeto.

¿A quiénes les estaba sometido? A un carpintero y a una virgen pobrecilla. ¡Oh maravilla! ¡El que es el primero y el último, el que es el prelado de los ángeles, se sujeta a los hombres! El Creador del cielo se somete a un carpintero, el Dios de la gloria eterna obedece a una virgen pobrecilla. ¿Quién pudo oír o ver tal maravilla? No desdeñe, pues, el filósofo obedecer y someterse a un pescador, el sabio a un simple, el letrado al iletrado, el hijo de un príncipe a un plebeyo.

* * *

Todo ello concuerda con lo que dice san Pablo a los romanos: *Por la gracia que me fue concedida, yo os digo a todos vosotros* –filósofos, sabios, letrados y otros semejantes–, *no queráis ser más sabios y doctos que lo que conviene... No trepen en soberbia, sino teman* (Rm. 12,3; 11,20). Y san Bernardo pondera: «Te falta mucho para alcanzar la sabiduría, si no eres sabio para ti mismo».

Sabio y docto no eres, si sabes más que lo que conviene. Saber lo que conviene es humillarse, venir a Nazaret, estar sometido y obedecer con toda perfección. Esto ha de ser todo tu saber, porque éste es un saber de medida justa; en cambio, el querer saber más lleva al exceso, a la embriaguez; y entonces toda sabiduría se vuelve insipiencia.

Querer saber y discernir más que lo que conviene, hace que se desvíe también el novicio prudente, que se puso en el camino de la sabiduría: lo hace tambalear como un beodo que está vomitando. «La perfecta obediencia –declara san Bernardo–, sobre todo en el novicio, ha de ser poco discreta, y consiste en

no querer entender qué cosa y porqué se lo manda. El debe esforzarse por cumplir con fidelidad y humildad lo que el superior manda. Toda su cordura consiste en no tener cordura; toda su sabiduría consiste en no tener sabiduría». Esto es saber con sobriedad, dentro de un límite justo.

La pura sencillez –*agua de Siloé, que corre silenciosa* (Is. 8,6)– hace sobria al alma; y el saber de los sencillos es un saber sobrio, que vierte agua en el vino fuerte de la sabiduría de este mundo. Y si en la vida religiosa hay sabios, Dios los agregó a su grey justamente porque eran sencillos. Dios eligió lo que en el mundo es necio, bajo, enfermo y vil, para que por su medio uniera a los sabios, a los fuertes y a los nobles. De esa manera ningún hombre puede gloriarse en sí mismo (I Co. 1,27,-29), sino en Aquel que *regresó a Nazaret y les estaba sujeto.* ¡A El sean el honor y la gloria por los siglos eternos! ¡Y toda alma simple y obediente diga: Amén! ¡Aleluya!

(II domingo después de Navidad: II,563-565)

15. Cristo se hizo obediente hasta la muerte

Domingo de Ramos. La entrada triunfal de Jesús en Jerusalén sucedió para que se cumpliera lo preanunciado por el profeta Zacarías: *Digan a la hija de Sión: he aquí que tu rey viene a ti, manso y montado en un asno* (Mt. 21,4-5).

He aquí las precisas palabras de Zacarías: *Exulta grandemente, hija de Sión; grita de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí que viene a ti tu rey. El es justo, victorioso y humilde, montado en un borriquillo, cría de asna. Suprimirá los carros de Efraim y los caballos de Jerusalén, y quebrantará el arco de la guerra* (Za. 9,9-10).

Sión y Jerusalén son la misma ciudad, ya que Sión es una torre de Jerusalén. La torre representa la Jerusalén celestial: allí se contempla la eternidad y se goza de una paz perpetua. Su hija es la santa Iglesia, a la cual ustedes, los predicadores, deben dirigirse así: «Exulta grandemente con las obras y grita

de júbilo con la mente». Efectivamente, el júbilo se advierte en la mente y en el corazón con mucha alegría, pero no se lo puede expresar adecuadamente con palabras.

He aquí a tu rey, del que habla Jeremías (10,6-7): *No hay otro como tú, Señor. Tú eres grande, y grande es el poderío de tu nombre. ¿Quién no te temerá, oh rey de las naciones?* El lleva un *nombre escrito en el vestido y en el fémur: Rey de reyes y Señor de los señores* (Ap. 19,16).

Los paños son su vestido y el fémur es su carne, de la que en Nazaret, en la encarnación, fue coronado como con una diadema; y en Belén fue envuelto en pañales, como si fuesen púrpura.

Estas fueron las primeras insignias de su reino, contra las que se ensañaron los judíos, como si quisieran privarlo de él. Ellos lo despojaron de sus vestiduras en la pasión y clavaron su carne con clavos.

Sin embargo, precisamente así su reino alcanzó una perfección mayor. Después de la corona y de la púrpura, no le faltaba sino el cetro; y lo recibió cuando *salió hacia el Calvario llevando la cruz* (Jn. 19,17); pero esa cruz *se transformó en signo de soberanía,* como lo profetizó Isaías (9,6). Por su parte el apóstol Pablo escribe en la carta a los hebreos (2,9): *Por haber padecido la muerte, vemos a Jesús coronado de gloria y de honor.*

He aquí que tu rey viene manso y montado en un borriquillo, para tu utilidad; viene manso, porque quiere ser amado y no temido por su poder.

Zacarías lo describe así: *Es el justo, victorioso, pobre, montado sobre un borriquillo.* Dos son las virtudes propias de un rey: la justicia y la piedad. Tu Rey es justo, porque da a cada uno lo que le corresponde según sus obras; y es manso y redentor, porque es piadoso.

Además, es pobre, porque *se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo.* Porque Adán en el paraíso no quiso servir al Señor, el mismo Señor quiso asumir la semblanza de siervo, para servir al siervo; de esa manera el siervo ya no se avergonzará de servir al Señor. *El Hijo de Dios llegó a ser semejante a los hombres y se apareció en forma humana* (Flp.

2,7). Baruc lo anunciaba (3,38): *Se apareció en la tierra y vivió entre los hombres.*

Cristo se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz (Flp. 2,8). Comenta san Agustín: «Nuestro Redentor tendió una trampa, al que nos había capturado: la cruz, y por cebo puso su sangre; pero El vertió su sangre no como un deudor, ya que El está muy lejos de los deudores».

Y san Bernardo afirma: «Cristo apreció tanto la obediencia, que prefirió perder la vida a echar a perder la obediencia. Se hizo obediente al Padre hasta la muerte de cruz». El no tenía dónde posar la cabeza sino en la cruz, en la que, *inclinando la cabeza, entregó el espíritu* (Jn. 19,30).

* * *

Cristo es pobre. Dice Jeremías (14,8-9): *Oh esperanza de Israel y su Salvador en el tiempo de la angustia. ¿Por qué has de ser cual forastero en la tierra, o cual viajero que se tumba para hacer noche? ¿Por qué quieres ser como un hombre vagabundo y fuerte, pero que no es capaz de ayudar?*

Nuestro Dios, el Hijo de Dios, al que esperábamos, vino y nos salvó en el tiempo de la tribulación, o sea, cuando el demonio nos perseguía; y como si fuera un colono y un forastero, cultivó nuestra tierra y la regó con el agua de su predicación.

El fue como un viajero sin cargas, o sea, sin las cargas de los pecados, y señaló sus caminos, porque *El exulta, como un atleta, corriendo su carrera* (S. 18,6); inclinó su cabeza en la cruz, diciendo: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu* (Lc. 23,46); y después permaneció en el sepulcro tres días y tres noches.

Se lo llama *hombre vagabundo,* según el juicio de los hebreos, que lo acusaban de no tener morada fija. Cuando Jesús decía: *Tengo el poder de ofrecer mi vida y tengo el poder de recuperarla,* muchos hebreos decían: «Ese hombre tiene el demonio, está endemoniado y loco ¿Por qué lo escuchan?» (Jn. 10,18 y 20). A ellos les parecía que por su aspecto de siervo

era incapaz de salvar. Sin embargo, El fue el *fuerte,* a pesar de tener las manos clavadas en la cruz, venció al diablo. *He aquí que viene a ti tu rey, manso y montado en un borriquillo.*

¡Ojalá que los clérigos y los religiosos quieran acoger a un rey y a un jinete de tanta importancia y, como mansos animales, llevarlo con suavidad, para merecer entrar con El en la Jerusalén celestial!

Lamentablemente, ellos son hijos de Belial, o sea, del diablo, y no llevan el yugo. Dice Jeremías (2,5-6): *Ellos siguieron lo que es vano y se volvieron ellos mismos vanidad; y no preguntaron: «¿Dónde está el Señor?».* Más bien, despedazaron el yugo y rompieron los vínculos, gritando: «¡No serviremos!». Por eso les dice el Señor por medio de Zacarías: *Suprimiré los carros de Efraim y los caballos de Jerusalén, y quebrantaré el arco de la guerra.*

La cuadriga, con cuatro ruedas, es la abundancia en la que viven los clérigos, que consiste en cuatro elementos: la anchura de sus propiedades, la multiplicidad de rentas y prebendas, la suntuosidad de los banquetes y el lujo disoluto de los vestidos.

El Señor dispensará semejante cuadriga y arrojará en el mar infernal a su conductor; y aniquilará el caballo, o sea, la espumajeante y desenfrenada soberbia de los religiosos, que, bajo el hábito monástico y con pretexto de santidad, se creen grandes.

Pero el grande y poderoso Señor, que mira a los humildes y abate a los grandes, arrojará este caballo de la Jerusalén celestial. En ella no entrará nadie si no se hubiere humillado como este párvulo que *se humilló hasta la muerte y muerte de cruz.*

(Domingo de Ramos: I,198-201)

16. Nuestra salvación está en el nombre de Jesús

Se le dio el nombre de Jesús (Lc. 2,21).

Jesús es un nombre dulce, nombre delicioso, nombre que

alienta al pecador y le da la dichosa esperanza; nombre que es «júbilo para el corazón, melodía para el oído y miel para la boca» (San Bernardo).

Exultando por este nombre, la esposa del Cantar (1,2) proclama: *Aceite derramado es tu nombre.* El aceite, o perfume, tiene cinco propiedades: flota sobre todo líquido, ablanda lo que es duro, dulcifica lo que es amargo, ilumina lo que es oscuro y sacia el cuerpo. Igualmente el nombre de Jesús está muy por encima de todo nombre de hombres y de ángeles, porque *en su nombre toda rodilla debe doblegarse* (Flp. 2,10).

Si tú predicas a Jesús, El ablanda los corazones duros; si lo invocas, dulcifica las ásperas tentaciones; si piensas en El, te ilumina el corazón; si lo lees, te sacia la mente.

Presta atención. El nombre de Jesús no sólo es aceite, sino *aceite derramado.* ¿Dónde y por quién? Fue derramado por el corazón del Padre en el cielo, en la tierra y en el infierno. En el cielo, para júbilo de los ángeles, que claman gozosos: *La salvación pertenece a nuestro Dios, sentado en su trono, y al Cordero* (Ap. 7,10). En la tierra, para consuelo de los pecadores, como ya se expresaba el profeta Isaías (26,8-9): *Tu nombre y tu recuerdo son el anhelo del alma. Mi alma suspira por ti en la noche.* En el infierno (o, mejor, el limbo), para la liberación de los prisioneros, los que, postrados a sus rodillas, podrán exclamar: «Finalmente llegaste tú, que eres nuestro Redentor».

* * *

Para celebrar este nombre, recogeré algunas reflexiones del Papa Inocencio III: «Este nombre de Jesús tiene dos sílabas y cinco letras: tres vocales y dos consonantes. Las dos sílabas representan a las dos naturalezas: la divina y la humana; la divina de parte del Padre, del que nació sin madre; la humana de parte de la madre, de la que nació sin padre. He ahí, pues: dos son las sílabas en este único nombre, porque dos son las naturalezas en esta única persona.

»Pero hay que destacar también que la vocal es la que da la voz por sí misma, mientras la consonante no da sonido por su

cuenta sino en unión con una vocal. Ahora bien, por medio de las tres vocales (de que está compuesto el nombre latino de Iesus), se representa la divinidad, la cual, aunque sea una, "resuena", si las dos partes no están enlazadas una con otra, en la unidad de la persona. Como el alma racional y el cuerpo forman un hombre único, así Dios y el hombre son un solo Cristo.

»Y se dice persona una sustancia racional que "resuena" por sí misma, la cual es cristo. Y Dios es también hombre, pero de por sí "resuena" en cuanto es Dios, no en cuanto es hombre, porque la divinidad, al asumir la humanidad, guardó consigo el derecho de la personalidad; en cambio, la humanidad, cuando fue asumida, no recibió el derecho de la personalidad.

»Este es, pues, el nombre santo y glorioso, que *fue invocado sobre nosotros* (Jr. 14,9) y, dice el apóstol Pedro, *no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres, por el cual podamos salvarnos* (Hch. 4,12).

»Por ende, nos salve El mismo, Jesucristo nuestro Señor, que es bendito sobre todas las cosas por los siglos de los siglos. ¡Amén!».

(Circuncisión del Señor: III,58-60)

17. ¡Cristo nos liberó de nuestros pecados!

El Hijo del hombre será entregado a los paganos, escarnecido, flagelado y escupido y, después de haberlo flagelado, lo matarán (Lc. 18,32-33).

¡Ay de mí! ¡Ay de mí! Aquel que vino para dar libertad a los prisioneros, es traicionado y tomado prisionero; Aquel que es la gloria de los ángeles, es escarnecido; Aquel que es el Dios de todos, es flagelado; Aquel que es el espejo sin mancha y el esplendor de la luz eterna (Sb. 7,26), es escupido; Aquel que da la vida a los moribundos, es matado; y a nosotros miserables, ¿qué nos queda por hacer, sino seguirlo y morir con El? (Jn. 11,16).

Oh Señor Jesús, ¡del fango de la hez sácanos con el anzuelo de tu cruz, para que podamos correr no hacia el aroma, sino hacia la amargura de tu pasión! Oh alma mía, prepárate un colirio y llora amargamente por la muerte del Unigénito y por la pasión del Crucificado! El Señor inocente es traicionado por el discípulo, es escarnecido por Herodes, es flagelado por el gobernador, es escupido por el populacho judío, es crucificado por el piquete de soldados.

Vamos a tratar brevemente cada uno de estos puntos.

Jesús fue traicionado por su discípulo. *¿Cuánto me quieren dar* –dijo Judas–, *y yo se lo entregaré?* (Mt. 26,15). ¡Ay, qué abismal congoja! Se pone el precio a una cosa que no tiene precio. ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! Se traiciona y se vende a un Dios por algunas mezquinas monedas. Oh Judas, tú quieres vender al Hijo de Dios y Dios El mismo, como si fuera un esclavo despreciable o un perro muerto, cuando preguntas lo que te quieren dar los compradores, no lo que quieres tú. ¿Y qué te pueden dar? Aunque te dieran Jerusalén, la Galilea y la Samaria, ¿quizás podrían comprar a Jesús? Y aunque te pudieran dar el cielo con sus ángeles, y la tierra con sus hombres, y el mar con todo lo que contiene, ¿podrían quizás comprar al Hijo de Dios, *en el cual están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia?* (Col. 2,3). ¡No, por cierto!

El Creador, ¿puede quizás ser comprado o vendido por su criatura? ¿Y tú, oh Judas, tienes el coraje de preguntar: «¿Qué quieren darme, para que se lo entregue?» Préstame atención y dime: «¿qué mal y qué daño te hizo, para que digas: "Yo se lo entrego"? ¿No te acuerdas de aquella incomparable humildad del Hijo de Dios, de su voluntaria pobreza, de su benignidad y afabilidad, de su estupenda predicación y de su poder milagroso? ¿No te acuerdas de aquellos afectuosísimos llantos sobre Jerusalén y sobre Lázaro muerto? ¿No te acuerdas de aquel privilegio, por el cual te eligió como apóstol y te hizo su íntimo amigo? Todo esto debería ablandar tu corazón, y moverlo a misericordia, e impedirte que dijeras: «Yo se lo entregaré».

¡Ay de mí! ¡Cuántos Judas Iscariotes existen hoy, que venden la verdad, para comprar alguna ventaja temporal, y trai-

cionan al prójimo con el beso de la adulación, y de esa manera se ahorcan con el lazo de la condenación eterna!

Jesús fue escarnecido por Herodes: *Herodes con su guardia, después de despreciarle y burlarse de él, lo vistió con un vestido blanco* (Lc. 23,11). Es escarnecido por Herodes, el zorro, y por su guardia el Hijo de Dios, a quien el ejército de los ángeles glorifica, gritando con voz incansable: «Santo, santo, santo es el Señor, Dios de los ejércitos»; y al cual –como dice el profeta Daniel (7,10)– *sirven mil millares de ángeles, y diez veces cien mil están a sus órdenes.*

Herodes se burló de él, poniéndole un vestido blanco. El Padre celestial vistió a su Hijo, Jesús, con un vestido blanco, o sea, con la carne pura de toda mancha de pecado, recibida de la Virgen Inmaculada. Dios Padre glorificó a su hijo, pero Herodes lo despreció. Dios padre lo vistió con vestido blanco; pero Herodes le puso un vestido blanco para escarnecerlo.

Lamentablemente todo esto sucede hoy en día.

El nombre Herodes se interpreta «gloria de la piel», y significa al hipócrita, todo pomposo por fuera en su conducta; mientras *toda gloria del alma,* que es hija del rey celestial, *es interior* (S. 44,14). El hipócrita desprecia a Jesús y se burla de El: lo desprecia, cuando en sus sermones predica que Jesús fue crucificado, pero El no lleva los estigmas del Crucificado; se burla de El, cuando se esconde bajo la gloria de la piel, para poder engañar a los fieles, miembros de Cristo. El antiguo Catón dice: «El cazador canta con el señuelo, y así engaña a la avecilla». La gloria de la piel de Herodes, o sea, la hipocresía, ¡a cuántos engaña hoy también!

* * *

Jesús fue también flagelado por orden de Poncio Pilato: *Entonces Pilato lo prendió y lo hizo flagelar* (Jn. 19,1).

Dice Isaías: *Cuando pase el flagelo del destructor, ustedes serán pisoteados. Cada vez que pase, los tomará* (28,28-19). Por «flagelo» se entiende la muerte eterna o el poder del diablo. pues bien, para que este flagelo no nos conculcara, el Dios de todos, el Hijo de Dios, fue atado a la columna como un

malhechor y azotado de la manera más atroz, tanto que la sangre brotaba de todas partes del cuerpo.

¡Oh mansedumbre de la divina piedad, oh paciencia de la paterna benignidad, oh inescrutable misterio del eterno consejo! Tú veías, oh Padre, a tu Hijo Unigénito e igual a ti, atado a la columna como malhechor y dilacerado por los flagelos como si fuese un homicida; ¿y cómo pudiste retenerte? Te damos gracias, oh Padre santo, porque, gracias a las cadenas y a la flagelación de tu dilecto Hijo, fuimos liberados de las cadenas del pecado y de la flagelación del diablo.

Lamentablemente, Poncio Pilato flagela de nuevo a Jesús. Etimológicamente, Poncio significa a «uno que se desvía de su propósito»; y Pilato, a «uno que trabaja con el martillo». El que se desvía de los buenos propósitos y, después de las promesas, vuelve al vómito (o sea, repite los antiguos errores), ataca y flagela a Cristo en sus miembros con la boca blasfema y con el martillo de la lengua. *Alejándose de la cara del Señor* junto con Satán (Jb. 2,7), trastorna el orden, porque a uno lo llama soberbio, a otro lo acusa de gula. En breve, para parecer inocente, juzga culpables a los demás, con el fin de esconder su iniquidad bajo la ignominia de muchos.

Jesús fue también ensuciado por los esputos: *Entonces le escupieron en el rostro y lo abofetearon; otros lo golpearon* (Mt. 26,67).

Oh Padre, la cabeza de tu Hijo, Jesús, delante de la cual los arcángeles tiemblan, es golpeado con una caña; aquel rostro, *en el cual los ángeles desean fijar la mirada* (I Pe. 1,12), es ultrajado por los escupitajos de los judíos y abofeteado; se le arranca la barba pelo a pelo, se lo hiere con puñetazos, se lo arrastra por los cabellos. Y tú, Padre clementísimo, callas y disimulas, y prefieres que tu Hijo único sea escupido y abofeteado a que la humanidad entera perezca. A ti te sean dadas la alabanza y la gloria, porque con los esputos y bofetadas y puñetazos, que sobrellevó tu Hijo, Jesús, nos preparaste la medicina, para expulsar el veneno de nuestras almas.

Podría haber otra aplicación. La cara de Jesús son los prelados de la Iglesia, por los cuales, como por medio de la cara, conocemos a Dios. Contra esa cara escupen los pérfidos ju-

díos, o sea, los súbditos perversos, cuando ellos denigran a sus prelados y hablan pestes de ellos. Todo ello está prohibido por el mandato del Señor: *No injuriarás al jefe de tu pueblo* (Hch. 23,5).

* * *

En fin, Jesús fue crucificado: *Los soldados, después que cruficicaron a Jesús, tomaron sus vestidos* (Jn. 19,21). *Todos ustedes que pasan por el camino, detengan el paso, consideren y observen si hay un dolor semejante al mío* (Lm. 1,12).

Sus discípulos huyen, los conocidos y los amigos se alejan, Pedro reniega, la sinagoga la corona de espinas, los soldados lo crucifican, los judíos lo ridiculizan y lo blasfeman, y le dan de beber hiel y vinagre. ¿Puede haber *un dolor semejante al mío?* (Lm. 1,12).

Sus manos torneadas –como dice la esposa del cantar (5,14)–, *aros de oro, engastados en piedras preciosas,* fueron perforadas con clavos. Sus pies, que hollaron el lago de Genezaret, fueron clavados en la cruz. Su rostro, que resplandece como el sol en todo su fulgor (Ap. 1,16), se volvió mortalmente pálido. Sus ojos tan amados, que ven todas las criaturas, fueron cerrados en la muerte. ¿Puede haber un dolor semejante al mío? Sólo el Padre, en medio de tantos sufrimientos y humillaciones, le ofreció socorro; y Cristo, al morir, se confió a sus manos: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu* (Lc. 23,46). Y, dicho esto, *inclinó la cabeza,* que en otras partes no tenía dónde posarla, *y entregó su espíritu* (Jn. 19,30).

Sin embargo, ¡ay de mí! ¡Ay de mí! Todavía se sigue crucificando y matando a Cristo en su Iglesia, que es su Cuerpo místico. En ella algunos son la cabeza, otros las manos, otros los pies y otros el cuerpo.

La cabeza son los contemplativos, las manos los activos, los pues los santos predicadores y el cuerpo todos los verdaderos cristianos. Todo este cuerpo de Cristo, diariamente, es crucificado por los soldados, o sea, por los demonios con sus instigaciones que son como otros tantos clavos. Los judíos, los paganos y los herejes lo blasfeman y lo abrevan con la hiel y el

vinagre de dolorosas persecuciones. Por otra parte no debemos asombrarnos, porque *todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús, padecerán persecuciones* (2 Tm. 3,12).

Con toda verdad se dice: *El Hijo del hombre será traicionado, escarnecido, flagelado, escupido y crucificado.* Con nosotros cinco verbos, como si fueran hierbas de gran valor medicinal, prepárate un colirio, y unta los ojos de tu alma, para que recibas la luz y puedas oír: *Recibe la vista; tú fe te salvó* (Lc. 18,42).

Oremos, queridísimos hermanos, y apremiantemente y con gran devoción de la mente supliquemos al Señor Jesucristo, quien, como dio la vista al ciego de nacimiento, a Tobías y al ángel de Laodicea, así se digne, mediante la fe en su encarnación y mediante la hiel y el colirio de su Pasión, iluminar los ojos de nuestra alma. De esa manera, entre los esplendores de los santos y los fulgores de los ángeles, mereceremos ver al mismo Hijo de Dios, que es luz de luz. lo alcanzaremos con la ayuda del mismo Cristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. ¡Amén!

(Domingo de quincuagésima: I,51-55)

18. La cruz, instrumento de salvación

Como Moisés levantó la serpiente de bronce en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado (Jn. 3,14).

Se lee en el libro de los Números (21,6-8): (Por las quejas de los israelitas), *entonces el Señor envió contra el pueblo serpientes venenosas, que mordían al pueblo; y murió mucha gente. El pueblo fue a decirle a Moisés: «Hemos pecado por haber hablado contra Dios y contra ti. Intercede ante Dios, para que aparte de nosotros las serpientes». Moisés intercedió por el pueblo. Y Dios dijo a Moisés: «Prepara una serpiente de bronce y colócala en un mástil. Quienquiera, después de haber sido mordido, mire a la serpiente, quedará con vida.*

La serpiente de bronce es Cristo, Dios y Hombre; el bronce, que no se gasta por la antigüedad, es la divinidad; la serpiente es la humanidad de Cristo, que fue levantada en la cruz, como signo de nuestra salvación.

Levantemos, pues, nuestros ojos y *miremos a Jesús, el autor de nuestra salvación* (Hb. 12,2). Mirémoslo fijamente colgado en la cruz y clavado. Pero, ¡ay de mí! Moisés dice en el Deuteronomio (28,66): *Tu vida estará ante ti como pendiente de un hilo, y ni de tu vida te sentirás seguro.* No dijo *«viviente»,* sino «vida pendiente». ¿Hay algo en el hombre más querido que la vida? El alma es la vida del cuerpo, pero la vida el alma es Cristo.

He ahí, pues, Cristo, que es tu vida, cuelga de la cruz; ¿por qué no sufres con El? Si Cristo es tu vida, como lo es en verdad, ¿cómo puedes detenerte todavía? ¿No deberías estar preparado, como lo estaban Pedro y Tomás, para ir a la cárcel y afrontar la muerte junto con El? La cruz cuelga delante de ti, para invitarte a tener compasión de El, como lo sugería Jeremías: *Oh todos los que pasan por el camino, presten atención y miren, si hay un dolor semejante al mío* (Lm. 1,12).

Por cierto, no hay dolor como el de Cristo, porque a aquellos a quienes El redimió con tanto dolor, después los pierde con mucha facilidad. Su pasión bastó para redimir a todos; pero, lamentablemente, casi todos tienden a condenarse. Casi ninguno piensa y sabe todo el dolor que padeció el Señor; por esto debemos temer que, como El dijo al principio de la creación: *Me pesa de haberlos hecho* (Gn. 6,7), ahora nos diga: «Me pesa de haberlos redimido».

* * *

Si uno por un año entero se fatigara continuamente en el trabajo de un campo o de un viñedo, pero no cosechara ningún fruto, ¿no tendría motivo de quejarse? ¿No le pesaría de haberse fatigado tanto? El mismo Dios dice en Isaías (5,4): *¿Qué más debía hacer a mi viña, que no haya hecho. Yo esperaba que diera uvas, y dio agraces.* ¡Qué dolor! *Esperaba justi-*

cia, o sea arrepentimiento, en cambio, *hay iniquidad; esperaba honradez* para con el prójimo, en cambio *hay alaridos.*

He ahí el triste fruto que da la viña maldita a su cultivador. No queda más remedio que extirparla de cuajo y echarla al fuego. Ellos no sólo pecan en presencia de Dios, sino también públicamente ante los ojos del prójimo.

Cristo, que es tu vida, está colgado delante de ti, para que tú te mires en la cruz como en un espejo. Allí podrás conocer lo mortales que fueron tus heridas, que ninguna medicina habría podido curar, sino la de la sangre del Hijo de Dios. Si reflexionas bien, allí podrás darte cuenta de cuán grandes son tu dignidad y tu valor, ya que, para rescatarlos, fue pagado un precio que no se puede estimar.

En ningún otro lugar el hombre podrá comprender mejor el valor de su dignidad que en el espejo de la cruz. Ella te muestra cómo debes humillar tu soberbia, y cómo debes mortificar las inclinaciones de tu sensualidad; y también cómo debes orar al Padre por los que te persiguen y confiar en sus manos tu espíritu. Pero, en cambio, a nosotros nos sucede lo que dice Santiago (1,23-24): *Si alguno se contenta con oír la Palabra sin ponerla en práctica, ése se parece al que contempla su rostro en un espejo. Se contempla; pero, al irse, se olvida de cómo es.*

Lo mismo nos sucede a nosotros. Miramos el crucifijo, en el que vemos la imagen de nuestra redención; meditamos un poco y hasta sentimos un poco de compasión. Pero en seguida desviamos nuestras miradas, nos separamos con el sentimiento y, quizás, nos ponemos a reír. Con todo, si sintiéramos las mordeduras de las serpientes, o sea, las tentaciones diabólicas y las heridas causadas por nuestros pecados, entonces fijaríamos nuestros ojos en la serpiente de bronce, o sea, en la cruz de Cristo, para poder vivir.

El que cree en El no sólo no perecerá, sino que tendrá la vida eterna (Jn. 3,15). Ver y creer es la misma cosa, ya que cuanto crees, otro tanto ves. Con viva fe cree, pues, en tu vida, que es Cristo, para vivir eternamente con El, que es la vida.

(Invención de la cruz: III,212-214)

19. La transfiguración o escala para el cielo

Jesús tomó consigo a Pedro, Santiago y Juan y los llevó a un alto monte (Mt. 17,1).

Estos tres apóstoles, que fueron colaboradores especiales de Jesús, significan las tres virtudes de nuestra alma, sin las cuales nadie puede subir al monte de la luz, a las cumbres de la vida santa. Pedro se interpreta «el conocedor», Santiago «el suplantador», y Juan «la gracia de Dios».

Tú también, que crees en Jesús y esperas de El la salvación, toma contigo a Pedro, o sea, el conocimiento de tus pecados, que consisten en la soberbia del corazón, en la lascivia de la carne y en la avidez de las cosas de este mundo.

Toma contigo también a Santiago, o sea, a aquel que suplanta estos vicios, para que bajo el pie de la razón puedas pisotear la soberbia de tu espíritu, mortificar la lascivia de tu carne y reprimir la vanidad de este mundo falaz.

Y toma contigo también a Juan, o sea, la gracia de Dios, que *está a la puerta y llama* (Ap. 3,20), para que te ilumine y conozcas el mal que hiciste y te conserva en el bien que comenzaste.

Estos son los tres hombres, de los que habló Samuel a Saúl, en el primer libro de los Reyes (10,3): *Cuando llegues a la Encina del Tabor, encontrarás tres hombres que suben hacia Dios, a Betel: uno llevará tres chivites, otro tres tortas de pan y el tercero un odre de vino.*

Tanto la encina como el monte Tabor representan la excelencia de la vida santa: «encina», porque es firme, no se dobla y persevera hasta el fin; «monte», porque es alta y sublime por medio de la contemplación de Dios; «Tabor», o luz que viene, es la luz del buen ejemplo. Las tres cosas se requieren para sobresalir en la vida santa, para que ella sea constante en sí misma, contemplativa de Dios y luz para el prójimo. Los tres hombres encontrados en el camino son Pedro, «el conocedor», Santiago, «el suplantador» y Juan «la gracia de Dios».

Pedro, o sea, «el hombre que se conoce pecador», lleva tres cabritos. En el cabrito está el hedor del pecado; y en los tres cabritos son simbolizados los tres principales pecados: la so-

berbia del corazón, la petulancia de la carne y la avidez de las cosas mundanas. El que quiere subir al monte de la luz, debe llevar estos tres cabritos, o sea, reconocerse culpable en estos tres pecados.

Santiago, o sea, «el que suplanta los vicios de la carne», lleva tres tortas de pan. El pan significa la suavidad de la mente, que consiste en la humildad del corazón, en la castidad del cuerpo y en el amor a la pobreza. Nadie puede alcanzar esa suavidad, si antes no hubiere eliminado esos vicios. El que reprime la soberbia del corazón, el que mortifica la petulancia de la carne y el que aleja de sí la avidez de las cosas mundanas, lleva las tres tortas de pan, o sea, gozará de una triple suavidad de la mente.

Juan es aquel que, con la gracia de Dios, que le previene y le acompaña, conserva con fidelidad y perseverancia estas virtudes, y lleva de veras un odre de vino. El vino en el odre es la gracia del Espíritu Santo, infundida en la buena voluntad.

Toma también tú a estos tres hombres, y sube con ellos al monte Tabor.

* * *

Pero te aseguro que la subida es difícil, porque el monte es muy alto. ¿Quieres subir con gran facilidad? Toma esa escala, de la que se lee y se canta en este domingo de cuaresma: *Jacob tuvo un sueño; vio una escalera apoyada en tierra, y cuya cima tocaba el cielo; y he aquí que los ángeles de Dios subían y bajaban por ella; y el Señor estaba en la parte más alta* (Gn. 28,12-13).

Observa cada palabra en particular y verás que concuerda con el Evangelio. «Vio»: he ahí el conocimiento del pecado, del que comentaba san Bernardo: «Que Dios no me conceda otra visión que la de conocer mis pecados».

Jacob, o Santiago, «el suplantador», significa justamente la victoria sobre la carne. De él su hermano Esaú: *Jacob ya me suplantó dos veces* (Gn. 27,36).

«El sueño»: he aquí la gracia de Dios que trae un sueño sosegado y pacífico. Aristóteles así lo describe: «El sueño es el

reposo de las facultades físicas y a la vez la tensión de las facultades espirituales». Cuando uno duerme en el sueño de la gracia, en él se aplacan los instintos de la carne con sus malas obras, y al mismo tiempo se intensifican las facultades espirituales. Por eso se dice en el Génesis (15,12): *Al ponerse el sol, un sopor cayó en Abraham, y lo invadió un gran horror.* Aquí por sol se entiende la libido o placer carnal. Cuando ella merma, he aquí que un sopor, o sea, el éxtasis de la contemplación, irrumpe en nosotros, y nos invade un gran horror por los pecados cometidos y por las penas del infierno.

¿Quieres comprender cómo se combinan la tensión de las fuerzas espirituales y el sosegarse de las carnales? *Yo* –dice la esposa del Cantar (5,2)– *duermo, pero mi corazón vela,* o sea, estoy en calma acerca del amor de las cosas temporales, y mi corazón vela en la contemplación de las celestiales. Con razón se lee: *Jacob vio en sueños una escala,* por la cual puedes subir al monte Tabor.

Observa que esta escala tiene dos brazos y seis peldaños, por los cuales es fácil la subida. La escala representa a Jesucristo; los dos brazos, la naturaleza divina y la humana; los seis peldaños son su humildad y su pobreza, su sabiduría y su misericordia, su paciencia y su obediencia.

El fue humilde, al asumir nuestra naturaleza humana, cuando *miró la humildad de su sierva* (Lc. 1,48). Fue pobre en su nacimiento, cuando la Virgen, pobre ella también, al dar a luz al mismo Hijo de Dios, no encontró donde ponerlo, y *lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre de las ovejas* (Lc. 2,7). Fue sabio en su predicación, ya que *comenzó a hacer y a enseñar* (Hch. 1,1). Fue misericordioso, al acoger afablemente a los pecadores, como El dijo: *No vine a llamar a los justos, sino a los pecadores* para que se arrepientan (Mt. 9,13). Fue paciente durante la flagelación, entre las bofetadas y los escupitajos. El mismo dijo por medio de Isaías (50,7): *Pongo mi cara dura como el pedernal.* La piedra, cuando se la golpea, no golpea a su vez, ni murmura contra quien la está quebrando. Así hizo Cristo: *Al ser maldecido, no respondía con maldiciones; al padecer, no amenazaba* (I Pe. 2,23). Y fue *obediente hasta la muerte y la muerte de cruz* (Flp. 2,8).

La escala estaba apoyada en la tierra, cuando Cristo predicaba y obraba milagros, y tocaba el cielo, cuando Jesús *pasaba las noches en oración* (lc. 6,12).

He ahí, la escala ya está levantada. ¿Por qué, pues no suben? ¿Por qué se arrastran con las manos y los pies sobre la tierra? Suban, pues, porque Jacob vio que los ángeles de Dios subían y bajaban por la escala. Suban, pues, oh ángeles, oh prelados de la Iglesia, oh fieles de Jesucristo. Suban, *para contemplar cuán bueno es el Señor* (S. 33,9). Luego, bajen para socorrer y aconsejar al prójimo, que tanto necesita de estos auxilios.

¿Por qué se esfuerzan por subir por otro camino y no por la escala? Si ustedes quieren subir por otros senderos, arriesgarán caer en algún precipicio. *¡Oh necios y tardos de corazón* (Lc. 24,25), no digo para creer, porque ustedes creen –*¡y también los demonios creen!* (St. 2,19)–, sino porque son duros como piedras para obrar!

¿Confían ustedes poder subir al monte Tabor, a la paz de la luz, a la gloria de la celestial bienaventuranza por un camino distinto que no sea la escala de la humildad, de la pobreza y de la pasión del Señor? De veras, no pueden confiar. Oigan lo que dice el Señor: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame* (Mt. 16,24). Igualmente Jeremías: *Me llamarás Padre, y no dejarás de caminar en pos de mí* (Jr. 3,19).

«La medicina amarga –dice san Agustín– antes la bebe el médico, para que el enfermo no sienta repugnancia»; o, como dice san Gregorio: «Por medio de la copa de la bebida amarga se llega a la alegría de la salud».

Suban, pues, y no teman: el Señor está encima de la escala, dispuesto a acoger a los que suben.

(II domingo de cuaresma: I,86-91).

TERCERA PARTE

LOS GOZOS DE LA ORACION Y DE LA CONTEMPLACION

1. Importancia de la vida contemplativa

Después que en la mente del hombre se formó la humildad, entonces se nota la distinción entre la parte superior y la inferior. La parte superior es la más digna, y por eso se forma antes; y en ella aparecen la cabeza y los ojos.

«»La parte superior es la vida contemplativa, en la cual primordialmente aparece, y debe aparecer, la cabeza de la caridad. De ella se lee en el Cantar (5,11): *Su cabeza es oro puro.* El oro es puro y brillante. Así ha de ser la caridad: pura para con Dios, brillante para con el prójimo.

Además, aparecen los ojos, o sea, el conocimiento de la eterna felicidad.

La vida activa, dado que es inferior, debe servir a la contemplativa, porque la parte inferior no está sino en función de la parte superior. Por eso el apóstol Pablo dice: *El hombre no deriva de la mujer, sino la mujer del hombre; ni fue creado el hombre por razón de la mujer, sino la mujer por razón del hombre* (I Cor. 11,8-9). De igual modo la vida contemplativa no está en función en la activa, sino la activa en función de la contemplativa.

Y como el cerebro, miembro frío, está puesto en una posición contraria al corazón, justamente para templar su calor,

así la vida contemplativa, que consiste en la conmoción de la mente, está situada en oposición a la vida activa, para que con la oración y con las lágrimas del arrepentimiento temple el fervor del trabajo y modere el calor de la tentación. Ella debe consistir en la humildad del corazón.

Y como la cabeza es más grande que los otros miembros, así la gracia de la contemplación es más elevada, porque se acerca más a Dios, a quien contempla.

¡Ah! ¡Cuántos infantes, o sea, mentalmente inestables, intentaron regir esta cabeza, pero por largo tiempo no lograron regirla, a causa de su grandeza!

El solo Abraham, o sea, el hombre justo, *subió el monte junto con el muchacho Isaac* (Gn. 22,5); o sea, Abraham subió al monte de la contemplación en compañía de una mente pura. En cambio, los criados permanecieron en el valle de los deleites mundanos, a la espera y con el asno, o sea, esperando con la lentitud típica del asno.

Y como todos los miembros reciben (de la naturaleza) confines preciosos, rasgos propios, coloridos, firmeza y flexibilidad, así todas las virtudes deben tener sus propios confines, para que, procediendo por el camino real no se desvíen ni a la derecha ni a la izquierda; y no suceda que la crueldad, bajo la apariencia de justicia, tome su lugar, y la relajada desidia se presente con el vestido de la mansedumbre.

Los rasgos de las virtudes son los de la pasión del Señor. Todo lo que hace el hombre de virtuoso, debe llevar grabado el sello sangriento de la cruz.

Y los coloridos deben ser auténticos y no falsos, para que no suceda que los vicios, teñidos del color de la virtud, engañen el alma. Bellamente dice san Isidoro: «Algunos vicios muestran el aspecto de la virtud, y así engañan a los que los siguen, justamente porque se esconden bajo el velo de la virtud».

El filósofo Tulio Cicerón afirmaba: «No hay acechanzas más ocultas que las que se esconden bajo la apariencia de afectuosa cortesía». El caballo de Troya engañó, porque asumió la forma de Minerva.

Las virtudes deben tener también dosis de firmeza y flexibi-

lidad, o sea, deben tener algo del vino y del aceite, del cayado y del maná, de los azotes y de los pechos, del hierro y del ungüento.

(III domingo de Pascua: I,299-301)

2. De la contemplación a la acción

Al comentar la curación del hijo de un funcionario real, quiero ponderar la promesa de Jesús: *Vete, que tu hijo vive* y la fe del funcionario: *Creyó el hombre en la palabra de Jesús, y se puso en camino* (Jn. 4,46-53).

He aquí la acotación de la Glosa: «Aun solicitado, Jesús no acude a la casa del hijo del funcionario real, para no dar la impresión de honrar las riquezas. En cambio, promete acudir a la casa del siervo del centurión, quien no desprecia la humilde condición de su criado. De esa manera aniquila la soberbia, que en las personas no aprecia el valor intrínseco, sino lo que aparece exteriormente».

Jesús no honra las riquezas. Por eso el Señor dice en Ezequiel (7,19): *Arrojarán su plata por las calles, y su oro se convertirá en inmundicia. Su plata y su oro no los podrán eximir en el día de la ira del Señor.*

Estas palabras pueden tener también una aplicación moral; o sea, la plata de la elocuencia y el oro de la sabiduría no podrán salvar a Cicerón y a Aristóteles en el día de la ira del Señor. Dios dice en Job (41,3): *No le perdonaré, a pesar de las palabras vehementes y bien elaboradas con que me suplican.* (Posible cita de memoria).

Observa que en el pasaje evangélico, antes se dice: *Creyó*, y después: *Se puso en camino.* Esto nos enseña que antes se debe creer con el corazón, y después moverse con la obra.

Dice Ezequiel (1,13-14): *Entre aquellos seres animados se veían como carbones incandescentes semejantes a antorchas, que se movían en medio de ellos. El fuego resplandecía, y del*

fuego salían rayos. Esos seres animados iban y venían con el aspecto del relámpago.

En el esplendor del fuego se designa la fe, que ilumina. *Tu fe te ha salvado,* o sea, te ha iluminado. Jesús preguntó al ciego: *¿Qué quieres que haga?* Y el ciego le contestó: *Maestro, ¡que yo recupere la vista!* (Mc. 10,51-52).

De ese fuego brota el relámpago de la obra buena. Esos seres animados que iban y venían representan a los santos que van a la contemplación y después regresan a la acción. Efectivamente no pueden estar en continua contemplación, porque deben fructificar para los demás. Ellos son semejantes a relámpagos llameantes, porque, por medio de ellos, que se elevan a la contemplación y también despliegan continuamente obras buenas, se propaga a los demás la luz celestial.

San Gregorio Magno escribe: «Entonces la caridad se eleva admirablemente en alto, cuando misericordiosamente se abaja hacia las cosas más humildes del prójimo; y la caridad que se inclina benignamente hacia lo más bajo, con vigor y rápidamente vuelve a lo más alto.

(XXI domingo después de Pentecostés: II,366-367)

3. La suavidad de la contemplación

Florecerá el almendro, se engordará la langosta y perderá su sabor la alcaparra (Ecle. 12,5).

Tres cosas merecen ser destacadas: la honestidad de la conducta, la dulzura de la contemplación y la extinción de la libido. Vamos a comentar brevemente cada punto.

Ante todo, la honestidad de la conducta. Se lee en Daniel (4,1): *Yo, Nabucodonosor, estaba tranquilo en mi casa y floreciente en mi palacio.*

¿Qué se entiende por casa sino la conciencia? ¿Y qué se entiende por palacio sino la tranquilidad de la conciencia y la confianza en esa tranquilidad? Por cierto, el palacio es una casa, peor no toda casa es palacio. El palacio es una casa forti-

ficada, imponente y regia. Si por casa debemos entender la conciencia, con ràzón por palacio se entiende la tranquilidad de la conciencia. Uno está tranquilo en su casa, cuando la conciencia no le atormenta.

¿Cómo se alcanza una conciencia tranquila? Una conciencia se siente tranquila, cuando reparó adecuadamente los pecados cometidos y cuando, con prudente y oportuna previsión, evita las ocasiones y las circunstancias peligrosas que podrían impulsarse al mal. Por esto permanece tranquilo en su casa aquel cuya conciencia no está inquieta ni por las culpas pasadas ni por las presentes. Está quieto en su casa aquel que a sabiendas dice: *Mi corazón no me reprocha nada de toda mi vida* (Jb. 27,6). Está quieto en su casa aquel que de veras puede decir: *No me siento culpable de nada* (I Co. 4,4). Permanece quieto en su casa y satisfecho en su palacio aquel que puede decir: *Mi gloria es el testimonio de mi conciencia* (2 Co. 1,12).

En la flor se espera el fruto. Por eso, con razón, en la flor se quiere representar la expectativa de los bienes futuros. Como la flor es el comienzo de los frutos futuros, con razón puede también significar el despliegue de las buenas obras que se lleven a cabo. Se representa, pues, en la flor ya la segura expectativa del premio, ya una nueva promoción de méritos. Pues bien, florece en su palacio aquel que, con el testimonio de su recta conciencia, espera con seguridad la corona de la gloria. Mientras tanto, a través del vuelo de la contemplación ya saborea la dulzura de esa futura gloria.

* * *

En segundo lugar, la dulzura de la contemplación, simbolizada en la langosta que se engorda. La langosta, cuando el sol calienta, suele saltar y volar por el aire, toda feliz. Una cosa similar le pasa al alma santa. Cuando se siente sacudida por un interno estremecimiento de júbilo, cuando se siente apremiada a levantarse por encima de sí misma a través de la elevación de la mente, cuando se siente toda extasiada ante las cosas celestiales y sumergida en los espectáculos angélicos, ella da la impresión de haber superado sus límites naturales.

A ella se pueden aplicar las palabras del Salmo (113,4): *Los montes saltaron como carneros, y las colinas como corderos de un rebaño.* ¿Quién no ve que es cosa superior a la naturaleza o, mejor, contraria a ella el hecho de que los montes y las colinas salten como carneros, y que los corderos juguetones salten de adelante para atrás y se lance por el aire? ¿No se desprende, quizás, de la tierra y no es transportado por encima de la naturaleza humana aquel al cual el Señor dirige el reproche: *Eres polvo y al polvo regresarás?* (Gn. 3,19). Mientras el alma se eleva así con su mente, ella se «engorda», (o sea, se enriquece) en la dulzura de la contemplación.

En el Cantar (8,5) se lee: *¿Quién es ésta que sube del desierto, colmada de delicias, apoyada en su amado?* Es el alma que durante la contemplación sube del desierto, dejando de lado todas las cosas de abajo y, elevándose hacia el cielo, se sumerge totalmente con su devoción en las solas cosas divinas. Entonces se siente colmada de delicias, cuando canta su dicha por la plenitud del gozo espiritual y se enriquece por la abundancia de la interna dulzura, que el cielo le dio y abundantemente le infundió.

Esta alma se apoya en su amado, cuando para nada confía en sus fuerzas o en sus méritos, sino que todo lo atribuye a la gracia que le viene de su amado: *Es El quien nos hizo y nosotros somos suyos* (S. 99,3). E Isaías, (26,12): *Es el Señor el que da éxito a todas nuestras empresas.*

* * *

En fin, la alcaparra sin vigor significa el cese de la libido. La lujuria es fuerte en los riñones, porque ahí tiene su sede. Las apetencias carnales se extinguen, cuando el alma se enriquece con la dulzura de la contemplación. Dice el profeta Daniel (10,8): Quedé yo solo contemplando esta gran visión; estaba sin fuerzas; se demudó mi rostro, desfigurado, y quedé totalmente sin fuerzas. Y Job (7,15-16): *Preferiría ser ahorcado y morir a sufrir estos dolores. Ya me disuelvo, ya no viviré largo tiempo.*

He ahí, pues, cómo la «alcaparra», o sea, la libido, pierde su vigor.

Daniel, *el hombre predilecto* (Dn. 10,11), es el contemplativo, el cual entonces queda solo consigo mismo, cuando pospone las cosas exteriores y con el vínculo del amor se eleva a la dulzura de la contemplación. Entonces, con su mente iluminada, ve una gran visión que él aún no puede abarcar, porque todavía no contempla directamente ni cara a cara, sino sólo a través de un espejo y de manera confusa.

Cuando el alma a tal punto es iluminada y elevada, entonces el vigor del cuerpo merma, el rostro se vuelve pálido y la carne se afloja. En ese entonces el hombre no tiene más confianza en los deleites corporales y temporales, ni se preocupa de vivir más en medio de ellos, como antes solía hacer. *Ya no es él que vive, sino que es la vida de Cristo que vive en él* (Ga. 2,20), de ese Cristo que es bendito por los siglos. ¡Amén!

(Resurrección del Señor: III, 185-187)

4. Muchos los llamados a la vida mística, pocos los elegidos.

Había una pequeña ciudad con pocos hombres. Un gran rey se movió contra ella, la sitió y levantó contra ella grandes baluartes. pero se hallaba en ella un hombre pobre, pero sabio, el cual con su sabiduría salvó a la ciudad. Sin embargo, ninguno se acordó más de aquel pobre hombre (Ecle. 9,14-15).

Veamos qué puede significar todo esto, alegóricamente.

Había una pequeña ciudad. La ciudad es la Iglesia. Ella es pequeña en comparación con los malos, que son muchos y superan el número de los buenos. Salomón afirma (Ecle. 1,15, según la Vulgata): *Los perversos difícilmente se corrigen, e infinito es el número de los necios.* Los perversos, o sea, los que orientan en sentido contrario, dirigen a Dios el dorso y no la cara. Por eso es difícil corregirlos y enderezarlos, porque no razonan y no tienen sensibilidad de corazón, como la tienen

los buenos. Los necios, cuyo número es infinito, son los que tienen una sensibilidad obtusa.

Con pocos hombres. En la iglesia muchas son las mujeres, o sea, los blandos y afeminados; pero, ¡ay de mí!, son pocos los varones, o sea, los virtuosos. Dice el Señor a través de Isaías (3,12): *Las mujeres se enseñorearon de mi pueblo.* Las mujeres, en este caso, son los prelados reblandecidos.

Salomón en los Proverbios (8,4): *Oh varones, a ustedes clamo.* La sabiduría dirige sus clamores a los varones, no a las mujeres, porque el sabor de la íntima dulzura lo experimenta aquel que es fuerte en la virtud, aquel a quien la providencia hizo circunspecto. Pero en la Iglesia son pocos los varones; y por esto son pocos los que pueden gustar el sabor de la dulzura celestial. Casi todos están como afeminados: tienen la mente afeminada como se ve en la preciosidad de los trajes, en la opulencia de los banquetes, en la lubricidad de los criados, en la construcción de sus casas, en el lujo de los caballos. ¡He ahí a cuáles apóstoles confió el Señor el gobierno de su Iglesia!

Un gran rey se movió contra ella. Este gran rey es el diablo, de quien dice Job (41,25): *El es el rey de todos los hijos de la soberbia.* Este rey ejecuta estas tres cosas: construye la trinchera y las fortificaciones, y así prepara el asedio.

La trinchera se hace con postes agudos. Las fortificaciones, que son protegidas por la trinchera o por murallas, son los herejes, que son como postes agudos en los ojos de los fieles. Las fortificaciones son todos los falsos cristianos. Con la trinchera de los herejes y las fortificaciones de los cristianos, el diablo asedia a la Iglesia, en la que hay pocos varones. Pese a todo, *no temas, pequeño rey* (Lc. 12,32), este asedio, porque *el Señor les dará con la tentación la fuerza para superarla* (I Co. 10,13).

Se hallaba en la ciudad un hombre pobre pero sabio. Este hombre pobre y sabio es Cristo: varón excepcional por su divinidad, pobre por su condición humana. Observa la perfecta concordancia. Este es llamado varón, y aquellos también varones; éste pobre, aquéllos pocos. Pero Cristo, como sabio contra la astucia del diablo, liberó a la ciudad de la trinchera de los herejes y de las fortificaciones de los hombres carnales; y

con su sabiduría seguirá destruyendo toda fortificación enemiga.

Es muy doloroso lo que sigue: *Nadie se acordó del pobre hombre.* Más bien, lo que es peor, le dicen con Job (18,40): *Aléjate de nosotros, no queremos conocer tus caminos.* Hay algo peor aún, reniegan de él y vociferan con los judíos: *A éste no lo queremos, sino a Barrabás. Y Barrabás era un bandolero* (Jn. 18,40). Había sido encarcelado por un homicidio y por organizar una sedición en la ciudad. Este bandolero es el diablo, quien, por la rebeldía que cometió en el cielo, fue arrojado al infierno. Piden con insistencia que se les de este bandido, y crucifican al Hijo de Dios, que los ha liberado. *¡Almas desgraciadas! ¡Por si mismos se han preparado el daño!* (Is. 3,9).

(VII domingo después de Pentecostés: I, 535-537)

5. Ama a Dios con todo el corazón y al prójimo como a ti mismo

Ya que la caridad es más importante que las demás virtudes, procuremos ponderar algunos aspectos, con una meditación breve pero particular.

El amor hacia Dios y hacia el prójimo es, por cierto, la misma forma del amor, ya que Dios es Amor. Este precepto del amor, por el cual tú has de amar a Dios por sí mismo y con todo el corazón, y al prójimo como a ti mismo, ha sido establecida por Dios; y has de amarlo por el mismo fin y por el mismo motivo por los cuales debes amarte a ti mismo.

Tú debes amarte en el bien y por Dios; igualmente debes amar al prójimo en el bien y por Dios, y no en el mal. Y por prójimo debes entender a todo hombre, porque no hay nadie con el cual se deba obrar mal.

¿Cómo se debe amar a Dios? He aquí el criterio: *Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón,* o sea, con toda la inteligencia, *con toda el alma,* o sea, con la voluntad, y *con toda la mente,* o sea, con la memoria. De esa manera concentrarás to-

dos tus pensamientos, toda tu vida y toda tu inteligencia en Aquel, del que recibes lo que le ofreces.

Al hablar así, Jesús no deja libre ninguna parte de nuestra vida: todo lo que pasa en nuestra alma, es proyectado allí, hacia donde corre el ímpetu del amor (Pedro Lombardo).

San Juan en su primera carta (4,9) nos ofrece muchas reflexiones acerca del amor de Dios y del prójimo, y nos invita a vivirlo: *De esta manera se ha manifestado el amor de Dios por nosotros: Dios Padre envió a su Hijo Unigénito al mundo, para que por El tuviésemos la vida.*

¡Qué grande fue el amor del Padre hacia nosotros! El nos envió a nosotros, para nuestro bien, a su Hijo Unigénito, para que, viviendo por El, lo amáramos. ¡El vivir sin El es morir, y *el que no ama permanece en la muerte!* (I Jn. 3,14). Si Dios tanto nos amó hasta darnos a su Hijo dilecto, por el cual lo hizo todo, también nosotros debemos amarnos recíprocamente. *Les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros* (Jn. 13,34).

El rico Epulón, que no observó este mandamiento, permaneció en la muerte. Es como si hubiese sido sepultado en vida, porque no amó la vida, que es esencialmente amor. El pecó, porque trastornó el mandamiento.

San Agustín afirma: «Cuatro cosas se han de amar: la primera es Dios, que está por encima de nosotros; la segunda, lo que somos nosotros, o sea, nuestra alma; la tercera, lo que está a nuestro lado, o sea, el prójimo; la cuarta, lo que está debajo de nosotros, o sea, el cuerpo». El rico Epulón, en cambio, amó primero y principalmente su cuerpo, despreocupándose de Dios, de su alma y del prójimo; por eso fue condenado.

San Bernardo observa que debemos considerar nuestro cuerpo como un enfermo, que se nos ha confiado. A él se le deben rehusar muchas cosas inútiles, aunque las quiera y, al contrario, se le deben suministrar las cosas útiles, aunque no las quiera.

Con el cuerpo debemos comportarnos como si no fuera nuestro, sino de Aquel que *lo compró a caro precio, para que lo glorifiquemos en nuestro cuerpo* (1 Co. 6,20). Cuidémonos, pues, para no merecer los reproches del Señor a través del pro-

feta Ezequiel: *Tú, oh alma, te olvidaste de mí y me pospusiste a tu cuerpo; por esto ahora soporta tu pecado y tus inmoralidades* (Ez. 23,35).

Debemos, sí, amar el cuerpo, pero en el cuarto y último lugar: no como si viviéramos por él, sino como si sin él no pudiéramos vivir. De la miserable vida del cuerpo se digne el Señor llevarnos a El, que es la vida eterna.

(I domingo después de Pentecostés: I, 397-399)

6. Dios merece todo nuestro amor

Los falsos cristianos, hijo de un foráneo, o sea, del diablo, que mintieron al Señor violando el pacto del bautismo, diariamente y lo más que pueden, apedrean con las duras piedras de sus pecados a su padre y señor, Jesucristo, del que toman el nombre de cristianos; e intentan matarlo, o sea, matar la fe en El.

Estos tales son como los hijos del buitre, que dejan morir de hambre a su padre. No son como los hijos de la grulla que, cuando el halcón persigue a su padre, ellos se oponen a la matanza y protegen al padre; y cuando es viejo, le llevan el alimento, dado que ya no es capaz de procurárselo con la caza.

Nuestro Padre, como un pobre hambriento, llama a la puerta, para que le abramos y le demos, si no la cena, al menos algún bocado. *Yo,* dice en el Apocalipsis, *estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, yo entraré a él, cenaré con él y él conmigo* (Ap. 3,20).

Pero nosotros somos hijos degenerados, como los hijos del buitre, y permitimos que nuestro Padre muera de hambre. El mismo se queja de nosotros por medio de Jeremías (2,31-32): *¿Llegué a ser, quizás, para Israel un desierto o una tierra de tinieblas? ¿Por qué mi pueblo dice: «Nos hemos emancipado y ya no retornaremos a ti?» ¿Puede olvidarse la doncella de sus atavíos y la desposada de sus galas? Sin embargo, mi pueblo se ha olvidado de mí durante innumerables días.*

El Señor no es un desierto ni una tierra de tinieblas, que no producen fruto o apenas alguno pequeñito: El es un paraíso, una tierra de bendición, en el que cosecharemos el céntuplo de lo que semeremos. ¿Por qué, pues, nosotros, miserables, nos alejamos de El y nos olvidamos de El por tan largo tiempo?

Con todo, el alma, que es esposa de Cristo y es virgen en la fe y en la caridad, no puede olvidarse de su adorno, que es el amor divino, del que está embellecido y con el cual camina; no puede olvidarse de su cinturón, o sea, de la pureza de su conciencia, con la cual vive segura y serena.

¡Seamos, pues, hermanos queridísimos, se lo suplico, como los hijos de la grulla! También nosotros, si fuere menester, opongámonos a la muerte en defensa de nuestro padre, o sea, en defensa de la fe de nuestro padre; más aún, en este mundo, ya envejecido y próximo al desplome, alimentémoslo con las buenas obras. ¡Ojalá no suceda que oigamos aquellas palabras: *Jesús se escondió y salió del templo* (Jn. 8,59)...

Roguemos, pues, y con lágrimas supliquemos al Señor Jesucristo, que no nos esconda su rostro, que no salga del templo de nuestro corazón y que en el día del juicio no nos acuse de pecado. Pidámosle que nos infunda su gracia, para que podamos oír con amor su palabra, soportar con paciencia las injurias que recibimos y que nos libre de la muerte eterna. Pidámosle, sobre todo, que nos glorifique en su reino, para que con Abraham, Isaac y Jacob merezcamos ver el día de su eternidad. ¡Que nos ayude Aquel al que van por todos los siglos honor y poder, gloria y señorío! Y toda la Iglesia diga: «¡Amén!».

(V domingo de cuaresma: I, 187-188)

7. El amor, alma y motor de la vida contemplativa y activa

Alégrate, Zabulón, cuando salgas; y tú, Isacar, cuando permaneces en tus tiendas. Llamarán a los pueblos a la montaña, allí sacrificarán víctimas legítimas, y absorberán como leche las inundaciones del mar (Dt. 33,18-19)...

En estos dos patriarcas se representan moralmente los dos amores, el amor hacia Dios y el amor hacia el prójimo. Zabulón, cuyo nombre se interpreta «sustancia de habitación», es el amor de Dios. La habitación es la mente del hombre, cuya substancia, o sea, cuya riqueza es el amor de Dios; y es la riqueza más grande. Se lee en los Proverbios (3,13-14): *Bienaventurado el hombre que halla la sabiduría y que abunda de prudencia,* o sea, que abunda del amor hacia Dios; *su posesión es preferible a la plata, y sus frutos* (o ganancias) *son preferibles al oro fino.*

Con estas palabras se pone en evidencia la dulzura de la contemplación, que nace del amor hacia el Creador y es más preciosa que todos los bienes. Todo lo que se puede desear no puede compararse con ella.

Puede haber otra interpretación. El amor hacia Dios es llamado substancia de la habitación, porque hace que la mente, poseída por el amor, no caiga en ruinas. ¡Ay de la habitación que carece de esta substancia, o sea, de este amor! En el salmo (68,3) se lee: *Me hundo en el fango y no hallo sostén.* El fango es el amor de la carne o del mundo. Quien se sumerge en él, no tiene más el amor de Dios, en el cual pueda apoyarse; y por eso es chupado hacia lo profundo.

Isacar, que se interpreta «mi recompensa», simboliza el amor del prójimo. Tal amor somete los hombros para llevar las cargas ajenas, como afirma el apóstol Pablo a los gálatas (6,2): *Lleven las cargas los unos de los otros, y así cumplirán la ley de Cristo,* que es el amor. El amor al prójimo es como un asno robusto: a lo largo del camino de la vida lleva las cargas ajenas, para recibir la recompensa en la patria celestial. Se lee en el salmo (126,2-3): *El Señor dará a sus amigos el sueño; he aquí, los hijos son un don del Señor y es su merced el fruto del vientre.*

Dulce es el sueño después del duro trabajo. Es el reposo que Dios concederá a sus dilectos, o sea, a los que están ligados con el doble vínculo del amor. He aquí la herencia concedida por el Señor: en aquel sueño está la posesión de la patria eterna, que es la recompensa que el hijo, adoptado por la gracia, recibe. El es el fruto del vientre, o sea, de la madre Iglesia.

Los dilectos también son una herencia del Señor, y son una recompensa, que el Hijo Jesucristo mereció con su pasión; y Jesús, como hijo, es el fruto del vientre de la Virgen. *Y bendito es el fruto de tu vientre* (Lc. 1,42).

* * *

Zabulón, que representa el amor de Dios, se alegra en su salida, que simboliza la vida contemplativa. Quien quiere sacar provecho de ella, no sólo debe salir de las preocupaciones del mundo, sino también de las propias: debe salir fuera de sí mismo. En el Génesis está escrito (18,2-3): *Abraham salió corriendo de la puerta de su tienda al encuentro con el Señor y se postró en tierra, diciendo: «Señor mío, si he hallado gracia en tus ojos, te ruego que no pases sin detenerte con tu siervo».*

La tienda es la milicia de la vida activa. El que sale de ella y corre al encuentro del Señor, libre de las cosas temporales, se eleva en la contemplación. El alma, salida de sí misma a través del éstaxis mental, goza y contempla la luz de la suma sabiduría. Para asurir por más tiempo, ruega al Señor que no pase (sin detenerse).

Pues bien, Zabulón se alegra en su salida, o sea, en la contemplación; pero también Isacar, que representa el amor al prójimo, se alegra en su tienda, o sea, en la milicia de la vida activa, a la cual se entrega totalmente para socorrer las necesidades del prójimo. De estas tiendas se canta en el libro de los Números (24,5-6): *¡Qué hermosas son tus tiendas, oh Jacob, y tus moradas, oh Israel! Son como valles boscosos, como huertos irrigados por el río, como tabernáculos plantados por el Señor, como cedros junto a las acequias.*

En este pasaje tan importante se describe con bellas imágenes, cómo debe ser quien quiere dedicarse a la vida activa. Jacob, que significa «luchador», e Israel, que significa «el que ve a Dios», simbolizan al hombre activo. Este hombre ya está trabado en lucha, ya contempla con su mente; ya está en el abrazo de Lía, la laboriosa, ya en el abrazo de Raquel, la contemplante.

Las tiendas son la milicia de su santa vida. Ellas son y de-

ben ser hermosas por la honestidad de las costumbres; son como valles boscosos por la humildad de la mente, valles que ofrecen sombra y abrigo contra los estímulos de la carne; son como huertos irrigados por el río, por la abundancia de las lágrimas; son como tabernáculos plantados por el Señor, por la firmeza del alma y la perseverancia final; son como cedros, por la altura de la esperanza y el olor de la buena reputación, que hace huir a las serpientes; son cedros junto a las acequias, o sea, los dones de las gracias. El que tiene tales tiendas, puede muy bien alegrarse y deleitarse en ellas.

* * *

Llamarán a los pueblos a la montaña. Has de tener en cuenta que existe un hombre interior y otro exterior; cada uno de ellos tiene su pueblo. El hombre interior tiene un pueblo rico en pensamientos y sentimientos; el hombre exterior tiene un pueblo rico en miembros y sentidos.

El amor de Dios convoca al pueblo, que está en el hombre interior, hacia el monte, hacia la alta y santa contemplación, para que participe de aquel banquete, del que habla Isaías (25,6): *El Señor de los ejércitos preparará en este monte para todos los pueblos un banquete de manjares suculentos, un banquete de vinos refinados.*

Cuando la mente se eleva en la contemplación, entonces un pueblo de pensamientos y sentimientos se junta allá en el monte. Los pensamientos ya no divagan en banalidades y los sentimientos no se dejan atrapar por la ilícita concupiscencia. Entonces el Señor les prepara un banquete, o sea, el gozo de suculentos manjares celestiales y la luz de su sabiduría, con la que la conciencia se enriquece: *En medio de cantos de júbilo y alabanza de una multitud en fiesta* (S. 41,5).

Como el animal, después de haber comido bien, es todo alegre y jocoso, así el alma, después de haber gustado aquel alimento, exulta y se alboroza.

Banquete de vinos refinados es la efusión de lágrimas de gozo: es un doble gozo del sentimiento y de la inteligencia, o sea, de amor y de conocimiento.

Igualmente, el amor del prójimo convoca, hacia el monte de la dilección fraterna, al pueblo del hombre exterior, para que con sus miembros y sus sentidos se ponga al servicio del prójimo y le brinde lo que necesita. He aquí como nos invita Ageo (1,8): *Suban al monte, traigan madera y reedifiquen mi casa. En ella me complaceré y manifestaré mi gloria.*

Sube a este monte el que ama al prójimo; lleva madera, cuando lo asiste; le edifica una casa, cuando lo abastece de lo que necesita.

* * *

Allí sacrificarán víctimas de justicia, (o legítimas). El amor de Dios sacrifica la víctima *«en el corazón contrito y en el espíritu humillado* (Dn. 3,39); el amor del prójimo sacrifica la víctima en el empeño y en el trabajo del cuerpo.

Estos sacrificios se llaman «de justicia», porque se hacen en vista de la sola caridad y no han de ser sacrificios para la vanagloria, de la que habla Oseas (5,2): *Arrojaron las víctimas a lo profundo.* Así obran los que derraman lágrimas o cumplen obras de socorro fraternal con fines de vanagloria.

Chupan como leche las inundaciones del mar. El que quiere chupar, debe comprimir los labios: nadie podría chupar con la boca abierta... Quien quiere chupar como dulce leche las inundaciones del mar, que representan las tentaciones de la carne, del mundo y del diablo, debe aspirar con los labios apretados las cosas vanas de este mundo. Entonces, el doble amor, privado de su objeto propio, que es Dios y el prójimo, absorbe como leche las tentaciones. En el cántico de Moisés se lee: *Chuparon miel de la peña y aceite de la roca durísima* (Dt. 32,13). En la peña se representa la dureza de las tentaciones de la carne y del mundo; en la durísima roca, las tentaciones del diablo, «duro como la piedra».

¡Dichosos los que de ambas piedras supieron chupar la dulzura y la luz de una gozosa conciencia!

La roca me vertía arroyuelos de aceite, exclama Job (29,6). Esto sucede cuando alguien sufre rudas tentaciones, pero durante la tentación es visitado por la gracia, colmado de luz y

regado por arroyos de lágrimas. ¡Que el Señor, que es el bendito por los siglos, se digne regarnos con estas lágrimas! ¡Amén!

(Fiesta de los santos Pedro y Pablo: III,286-289)

8. ¡Bienaventurado el que vive en el amor de Dios y del prójimo!

El administrador llamó uno a uno a los deudores de su amo y preguntó al primero: «Tú, ¿cuánto debes a mi amo?» Le contestó: «Cien barriles de aceite». Y le dijo: «Toma tu cuenta, siéntate y escribe en seguida cincuenta». Después preguntó a otro: «Tú, ¿cuánto debes?» Le contestó: «Cien medidas de trigo». Le dijo: «Toma tu cuenta y escribe ochenta». El amo alabó a aquel administrador deshonesto, por haber obrado sagazmente. Los hijos de este mundo, efectivamente, en el trato con sus semejantes, son más sagaces que los hijos de la luz (Lc. 16,5-6).

Acerca de este pasaje la Glosa acota: «El barril –cado en griego, ánfora en latín– contiene tres urnas (=unos 13 litros cada una), y la medida de trigo se llena con treinta almudes. Al vuelo de pájaro la parábola podría entenderse así: el que alivia la indigencia del pobre de una mitad o de una cuarta parte, es justo que reciba la recompensa por su obra misericordiosa».

Moralmente, procuremos analizar qué significan los dos deudores, los cien barriles de aceite, las cien medidas de trigo, el cincuenta y el ochenta.

Los dos deudores representan a todos los fieles, que deben observar los dos preceptos de la caridad, según la cual han de amar a Dios y al prójimo. Los cien barriles de aceite representan el amor hacia Dios; las cien medidas de trigo, el amor hacia el prójimo.

¿Por qué el aceite significa el amor hacia Dios? Por esto: el aceite flota sobre todo líquido. ¿Y cuál es la razón de su leve-

dad? Aristóteles lo explica así: «Dado que su gordura no está compuesta de agua y de tierra, sino de aire, por esto flota sobre el agua. El aire, contenido en el aceite, lo sostiene como si fuera un odre».

De manera semejante el amor hacia Dios debe flotar sobre cualquier otro amor. Por esto Salomón afirma: *El fruto de la sabiduría es más precioso que todas las riquezas, y todo lo que es apetecible en el mundo no puede compararse a la sabiduría* (Pr. 3,14). El fruto de la sabiduría es el amor hacia Dios. Cuando un alma gusta su dulzura, *puede saborear cuán suave es el señor* (S. 33,9). ¿Puede haber algo más precioso? ¿O algo más deseable? Ni las riquezas ni la gloria terrena pueden comparársele.

Y como en el aceite no hay nada de agua ni de tierra, sino sólo aire, así en el amor a Dios no hay que mezclar nada de carnal ni de terreno, sino sólo aire, o sea, pureza de mente y vida celestial. ¡Dichosa el alma que tiene en sí misma el amor de Dios! Entonces ella flota sobre toda agua, porque el aire, presente en esa alma amante, la transporta hacia lo alto.

* * *

En el Génesis (1,2) está escrito: *El Espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas.* Este pasaje, de tanta autoridad, puede ser explicado de cuatro modos.

El primero es éste: como la mente del artista aletea sobre la obra que proyecta llevar a cabo, y como la avecilla está sobre los huevos, de los que nacerán los pollitos, así el Espíritu del Señor aleteaba sobre las aguas, de las que proyectaba formar todas las cosas, cada una según su especie (Gn. 1,11).

El segundo es éste: el Espíritu del Señor representa a la inteligencia dirigida a las cosas espirituales; por eso, como el Espíritu del Señor aleteaba sobre las aguas, así la inteligencia espiritual debe dirigir la inteligencia dirigida a las cosas corporales. El apóstol san Juan (6,63) proclama: *Es el espíritu el que da vida; la carne para nada aprovecha.* San Pablo en la segunda carta a los corintios (3,6) insiste: *La letra mata; en cambio, el espíritu da vida.* Y Ezequiel (1,20): *El espíritu de los seres*

vivientes estaba en las ruedas. En las ruedas (o pasajes) del Antiguo y Nuevo Testamento está el espíritu de vida, o sea, la inteligencia espiritual que da vida al alma. Por eso en los Proverbios (13,14): *La enseñanza del sabio es manantial de vida, para evitar los lazos de la muerte.*

El tercer modo es éste: el Espíritu del Señor, que aletea sobre las aguas, representa al prelado espiritual, que está sobre los pueblos. Escribe san Gregorio: «Cuanto la vida del pastor dista de la vida de las ovejas, otro tanto debe distar la vida del prelado de la vida del súbdito». Ezequiel dice: *Sobre las cabezas de los seres vivientes aparecía una especie de firmamento, semejante a un cristal esplendiente, extendido sobre sus cabezas.*

El firmamento es el prelado, que debe tener el sol de la vida pura, la luna de la doctrina que ilumina la noche de este destierro terrenal, y las estrellas de la buena reputación. Su conducta de vida debe ser como un cristal por la firmeza de su mente, la gracia de su mansedumbre y la severidad de sus correcciones. El prelado ha de ser a la vez firme y suave, severo y terrible, según las circunstancias. Sólo así estará sobre las aguas y sobre las cabezas de esos seres vivientes, o sea, sobre sus súbditos, para protegerlos y defenderlos.

El cuarto modo es éste: el Espíritu del Señor es el alma, que ya acogió el espíritu del amor divino y aletea sobre las aguas, o sea, sobre las cosas temporales. En el Génesis se lee: *El arca flotaba sobre las aguas. Y las aguas crecieron sobre la tierra y cubrieron todos los montes más altos que hay bajo el suelo* (Gn. 7,18-19). Precisamente, las aguas de las riquezas y de las concupiscencias tanto crecieron que cubrieron toda la tierra. Por eso se queja Isaías: *Su tierra está llena de oro y de plata, y sus tesoros no tienen fin:* he ahí la avaricia. *Su tierra está llena de caballos y sus carros son innumerables:* he ahí la soberbia. *Y su tierra está llena de ídolos:* he ahí la lujuria (Is. 2,7-8).

De estas aguas malditas está cubierta toda la tierra y, lo que es peor y más peligroso, están cubiertos los montes más altos, o sea, los prelados de la Iglesia. Pero el arca de Noé, o sea, el alma del hombre que vive espiritualmente y que consi-

dera todas estas cosas temporales como estiércol, flota sobre las aguas.

Con razón se dice que el aceite del amor divino flota sobre cualquier otro líquido; y los cien barriles de aceite significan la absoluta perfección de este amor. Y el administrador, o sea, el prelado de la Iglesia, debe preguntar a todo fiel que sea deudor de Dios: «¿Cuánto debes a mi amo, o sea, cuántos motivos tienes para amar a Dios?» El otro responderá: «Le debo cien barriles de aceite, o sea, el amor más perfecto. Debo amarle con todo el corazón, con toda el alma y con todas mis fuerzas; pero, como soy pecador, no puedo llegar a aquella perfección de amor».

Entonces el administrador de la Iglesia, tomando precauciones para sí mismo y para el otro, debe decir: *Toma tu recibo, siéntate en seguida y escribe cincuenta...*

* * *

Observa aquí los tres aspectos, en los que consiste la verdadera penitencia. El prelado, o el sacerdote, debe decir al pecador: «Ya que todavía no puedes subir a aquella suprema perfección del amor, mientras tanto, *toma tu recibo,* o sea, prepárate a hacer penitencia; *y siéntate,* en tu arrepentimiento interior; *en seguida,* porque el tiempo es breve; *escribe,* confesando tus pecados; *cincuenta,* en la obra de la reparación. El número cincuenta era sagrado tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. En el primero, recordaba la ley dada por Dios a Moisés cincuenta días desde la inmolación del cordero, después que los hebreos salieron de Egipto; en el segundo, recordaba los cincuenta días después de Pascua, cuando el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles (I, 369).

* * *

El administrador preguntó a otro: «Y tú, ¿cuánto debes?» Respondió: «Cien medidas de trigo». El trigo es el amor al prójimo, del que dice Salomón (Pr. 11,26): *El que acapara el*

trigo, será maldecido por el pueblo; y la bendición será invocada sobre la cabeza del que lo vende.

El que acapara el trigo, o sea, el que sustrae el amor al prójimo, será maldecido en aquella general asamblea, en la que todo el pueblo estará delante del tribunal del juez. En cambio, descenderá la bendición sobre la cabeza de los que lo venden: *«Venid, benditos de mi Padre* (Mt. 25,34).

Si vendes al prójimo el trigo del amor, recibirás, como recompensa, una retribución eterna: *El que hace la caridad al prójimo, hace un préstamo al Señor, el cual le volverá a pagar el bien que ha hecho* (Pr. 19,17). En las cien medidas de trigo se entiende la perfección del amor que tenemos internamente.

Pues bien, el administrador, el sacerdote o el prelado preguntan al pecador: «¿Cuánto debes, o sea cuánto debes amar en Dios a tu prójimo?». El otro responde: «Cien medidas de trigo, o sea, debo amar, en Dios y por Dios, al amigo y al enemigo y dar por ellos la vida, si fuere menester. Pero estoy hecho de carne y soy débil; y por esto no puedo llegar a tan grande amor del prójimo».

Entonces el administrador le debe decir: «Ya que todavía no eres capaz de morir por tu hermano, *toma tu recibo y escribe ochenta.* Lo cual significa: prepara el itinerario de tu mente para llegar a amar al prójimo; *y escribe ochenta,* o sea, enséñale a que no se desvíe del camino y aliméntalo, para que no desmaye; enseña a su alma la doctrina de los cuatro evangelistas, y alimenta su cuerpo, que está hecho de cuatro elementos, con el subsidio de un beneficio temporal; y así escribirás «ochenta». Este número «ochenta» debes tenerlo siempre delante de los ojos, para que, cuantas veces veas al prójimo, otras tantas veces escribas «ochenta» (obras de misericordia); y lo leas mientras lo escribes; y leyéndolo lo repitas. A ti que las lees, estas mismas letras «ochenta», (o sea, las obras buenas), te señalarán el camino, siguiendo el cual llegarás a recibir el premio celestial.

(IX domingo después de Pentecostés: II, 20-24)